

## ZOROBABEL RODRÍGUEZ, CATÓLICO LIBERAL

Sofía Correa

### INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XIX un hombre de enorme talento intelectual, novelista, poeta, filólogo, economista, “diarista”, profesor universitario, parlamentario y dirigente político, intenta con inusitada perseverancia elaborar una síntesis programática entre liberalismo y catolicismo, y al mismo tiempo persuadir a moros y cristianos de la impecable lógica de dicha construcción intelectual, contra viento y marea, es decir, a pesar de las insistentes condenaciones de las encíclicas de Pío IX y León XIII, *Quanta Cura*, *Syllabus*, *Libertas*.

Zorobabel Rodríguez nació en Quillota en 1839, en una familia de mediano pasar. Entre 1850 y 1852 cursó los primeros años de humanidades en el colegio de los Padres Franceses de Valparaíso. Luego se trasladó a Santiago para estudiar en el colegio de San Luis, que dirigía el presbítero Orrego, quien años más tarde sería obispo de La Serena. A la usanza de entonces, su socialización política fue precoz: la sociedad literaria de San Luis reunía en casa de Miguel Cruchaga a jóvenes que luego tendrían destacadísima actuación en el Partido Conservador y en la Iglesia chilena: Zorobabel Rodríguez, Abdón Cifuentes —profesor suyo en el Colegio de San Luis—, Mariano Casanova, entre otros<sup>1</sup>.

---

SOFÍA CORREA. Doctora en Historia, Universidad de Oxford. Profesora de la Universidad de Santiago de Chile.

<sup>1</sup> *El Porvenir*, editorial del 1 de octubre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre a la memoria de don Zorobabel Rodríguez en el primer aniversario de su fallecimiento* [en adelante citado como *Corona fúnebre*] (Santiago, 1902), pp. 219 y siguientes.

Luego siguió la carrera de derecho, donde fue discípulo de Courcelle Seneuil, de quien recibió una influencia sólo comparable con la de su formación católica. Siendo estudiante universitario, a los 21 años, contrajo matrimonio. A los 22 años publicaba su novela, *La cueva del loco Eustaquio*, primero como folletín en *El Bien Público*, luego en forma de libro; la que pronto fue traducida al italiano y reeditada en 1877. Rodríguez terminó sus estudios e hizo su memoria sobre la condición jurídica de la mujer, que se publicó un año más tarde, en 1865, en los *Anales de la Universidad*; sin embargo no se tituló de abogado. Su pasión por el “diarismo” absorbía sus energías<sup>2</sup>.

*El Bien Público* fue el primer periódico que tuvo el Partido Conservador. Fundado en 1863 por Manuel José Irrarrázabal, contó con la permanente colaboración de Zorobabel Rodríguez. Pero este diario tuvo corta vida, menos de un año, y dio paso a *El Independiente*, que a su turno también fue el vocero del Partido Conservador desde su fundación en 1864 hasta la guerra civil de 1891, después de la cual no volvió a editarse. *El Independiente* fue el espacio literario de Zorobabel Rodríguez durante décadas.

En el último tercio del siglo XIX la prensa había llegado a ser la tribuna intelectual por excelencia, y en ella el editorial era el espacio de la polémica doctrinaria. Entre los “redactores” estaban Zorobabel Rodríguez en *El Independiente*, Justo Arteaga Alemparte en *El Ferrocarril*, Isidoro Errázuriz en *La Patria*, Manuel Blanco Cuartín en *El Mercurio* y Miguel Luis Amunátegui, cada vez que caía de algún ministerio<sup>3</sup>. Y dentro de ese magnífico grupo descollaba Zorobabel Rodríguez: fue, a juicio de Luis Orrego Luco, “uno de los diaristas más eminentes de los países de habla castellana”<sup>4</sup>. El público llegó a identificar a *El Independiente* con Zorobabel Rodríguez; sabemos que sus editoriales eran el comentario obligado de cada día para amigos y adversarios<sup>5</sup>.

Era Rodríguez un hombre de constantes lecturas, tanto de libros como de revistas, a través de las cuales estaba al día de la producción

<sup>2</sup> Enrique Fuenzalida, “Biografía de don Zorobabel Rodríguez”, publicada en *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 125 y siguientes; Abdón Cifuentes, “Introducción”, *ibid.*, p. 13.

<sup>3</sup> Véase Arturo Ruiz de Gamboa, “Don Zorobabel Rodríguez. 1839-1901”, en *Zorobabel Rodríguez. Homenajes* [citado en adelante como *Homenajes*] (Santiago, 1912, p. 142); *La Tarde*, editorial del 30 de septiembre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 195-198; Joaquín Walker Martínez, carta publicada en “El Semanario Ilustrado” de *El Tiempo*, México, 3 de febrero de 1902, reproducida en *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 267 y siguientes.

<sup>4</sup> Luis Orrego Luco, “Don Zorobabel Rodríguez”, publicado en *El Ferrocarril* del 7 de mayo de 1903 y reproducido en *Homenajes*, op. cit., pp. 152 y siguientes. Una opinión semejante manifiesta Benjamín Vicuña Subercaseaux en *Gobernantes y literatos* (Santiago, 1907), pp. 219 y siguientes; y *El Ferrocarril*, en editorial del 1 de octubre de 1901, reproducido en *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 226 y siguientes.

<sup>5</sup> Véase Arturo Ruiz de Gamboa, “Don Zorobabel Rodríguez. 1839-1901”, en *Homenajes*, op. cit., p. 141; y Joaquín Walker Martínez, “Carta”, op. cit., pp. 267 y siguientes.

intelectual, científica y literaria mundial; “ninguna publicación de importancia dejaba de ingresar en su valiosísima biblioteca”, nos relata Darío Urzúa<sup>6</sup>. Persona poco sociable, incluso huraño, severo en sus costumbres, modesto, sin pretensiones, austero y probo; trabajador, metódico y tenaz; valiente para sostener sus convicciones al mismo tiempo que flemático, de pocas palabras e impenetrable; ha sido descrito también como franco, justo y bondadoso<sup>7</sup>. Luis Orrego Luco decía de él que era “uno de esos espíritus lentos, mesurados y sólidos que se forjan a sí mismos con su propio esfuerzo, golpeando constantemente el yunque de un trabajo abrumador, estudian-do sin cesar, sumidos en los libros”<sup>8</sup>.

Sus intereses intelectuales fueron diversos y su talento, multifacético; tanto así que el *Diccionario de chilenismos* que publicó en 1875, en el cual demostró sus conocimientos de las lenguas mapuche, quechua y aymara, le valió, años más tarde, ser acogido como miembro de la Real Academia Española<sup>9</sup>.

Por la fuerza de sus artículos periodísticos en defensa del catolicismo, sus contemporáneos lo compararon con Luis Veuillot, “diarista” francés ultramontano y antiliberal, con el cual sólo tiene en común su estilo satírico y su sólido razonamiento lógico. Pero sin el contenido liberal de sus escritos, el paladín criollo de la causa católica se vuelve incomprensible.

En efecto, en su columna editorial, que escribió diariamente en *El Independiente* desde 1867 hasta 1884, y en su tribuna parlamentaria en la Cámara de Diputados, que ocupó desde 1870 hasta 1891 (excepto por un período legislativo en el cual el Partido Conservador se abstuvo de participar en las elecciones en protesta por la intervención electoral del Ejecutivo), durante todo este tiempo Zorobabel Rodríguez realizó una intensa campaña en pro de las libertades individuales y en contra de la expansión de las atribuciones del Estado. En esta lucha no estuvo solo; en compañía de hombres como Manuel José Irrarázabal logró llevar al Partido Conservador a una postura liberal lejana de su antiguo autoritarismo. No son pocos los contemporáneos de Rodríguez que le reconocen este enorme triunfo políti-

---

<sup>6</sup> Darío Urzúa, “Discurso” en *Homenajes*, op. cit., pp. 27-28. Véase también José Ramón Gutiérrez, “Discurso”, *ibid.*, pp. 44-45; y Abdón Cifuentes, “Introducción”, *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 47-48.

<sup>7</sup> Véase Angel Custodio Vicuña, “Juicio crítico”, en *Homenajes*, op. cit., p. 38; Vicente Grez, “Juicio crítico”, *ibid.*, p. 41; José Ramón Gutiérrez, “Discurso”, *ibid.*, pp. 43-46; Rafael B. Gumucio, “El gran diarista”, publicado en *El Porvenir* el 15 de febrero de 1903 y reproducido *ibid.*, pp. 133 y siguientes; Justo y Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes de 1870*, en *Biblioteca de Escritores de Chile*, Vol. II (Santiago: 1910), p. 126; Abdón Cifuentes, “Introducción”, *Corona fúnebre*, op. cit., p. 120; Enrique Fuenzalida, “Biografía”, *ibid.*, p. 140; *El Porvenir*, editorial del 1 de octubre de 1901, *ibid.*, pp. 219-225.

<sup>8</sup> Luis Orrego Luco, “Don Zorobabel Rodríguez”, *Homenajes*, op. cit., p. 153.

<sup>9</sup> Arturo Ruiz de Gamboa, “Zorobabel Rodríguez”, *Homenajes*, op. cit., p. 145.

co: hacer del Partido Conservador chileno un partido que lucha por conquistas liberales, por el voto acumulativo, por las incompatibilidades parlamentarias, por la comuna autónoma, por la libertad electoral<sup>10</sup>.

También logró comprometer al Partido Conservador con el liberalismo económico, al menos durante la segunda mitad del siglo XIX. En la primera convención del partido, la de su organización y estructuración, en 1878, se adoptaron como parte del programa conservador las posturas económicas de Zorobabel Rodríguez<sup>11</sup>.

El liberalismo de Rodríguez arrancaba de su concepción de la economía. Concebía a ésta como la ciencia social por excelencia. Y como tal, capaz de reconocer las leyes naturales que regían la sociedad. Leyes que, en su afán de síntesis, identificó con las de Dios. De su liberalismo económico nacía su liberalismo político, el cual llevó hasta sus últimas consecuencias, lo que le significaría el ostracismo en su propio campo político. En efecto, desde el derecho común y con el ideario liberal, Zorobabel Rodríguez combatió las leyes laicas impulsadas por el gobierno de Santa María y cuando su postura se vio derrotada con la aprobación de dichas leyes, abogó por la separación pacífica de ambos poderes. Ello le costó su puesto como redactor principal de *El Independiente*<sup>12</sup>.

La lucha que Zorobabel Rodríguez había dado en la década anterior por restringir las atribuciones del Ejecutivo, tanto en materia electoral como educacional y económica, había sido funcional también a los intereses de los conservadores antiliberales. Por eso recibió entonces el aplauso unánime en el campo católico. Sin embargo, cuando la estricta consecuencia de su raciocinio liberal culminó en la opción por la separación de la Iglesia y el Estado, entonces lo combatieron y lo silenciaron. El poder del conservadurismo antiliberal era muy fuerte porque contaba con el respaldo de la Iglesia. Ya en 1834 Gregorio XV había condenado a Lamennais, y con él a los católicos liberales que en Francia impulsaban la separación de la Iglesia y el Estado. El ataque papal al liberalismo adquirió nuevo impulso después que las revoluciones del “48” afectaron directamente a Pío IX y su poder temporal, y sobre todo después de la pérdida de los Estados Pontificios en 1860. De 1864 es la condenación contenida en la encíclica *Quanta Cura* y en el *Syllabus*, listado de los errores de la civilización moderna. El golpe final contra el catolicismo liberal, que había florecido en Francia y en Italia, vendría a caerle a Zorobabel

---

<sup>10</sup> Véase Luis Orrego Luco, “Don Zorobabel Rodríguez”, *Homenajes*, op. cit., p. 154; *El Herald*, editorial del 30 de septiembre de 1901, reproducida en *Corona fúnebre*, op. cit., p. 191; Joaquín Walker Martínez, “Carta”, *ibid.*, pp. 271-272.

<sup>11</sup> Enrique Fuenzalida, “Biografía”, *Corona fúnebre*, op. cit., p. 129.

<sup>12</sup> Sofía Correa S., “El Partido Conservador ante las leyes laicas, 1881-1884”, en Ricardo Krebs et al., *Catolicismo y laicismo. Las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile, 1875-1885* (Santiago, 1981), pp. 75-118.

Rodríguez veinte años más tarde. Y, para que no quedaran dudas al respecto, la Iglesia chilena, en una pastoral colectiva de 1886, condenó ya no sólo al liberalismo —que podía ser cómodamente identificado en los miembros de dicho partido— sino a los católicos liberales mismos<sup>13</sup>.

Su forzada salida de *El Independiente*, en 1884, lo llevó a concentrarse en tareas más privadas. Así, veinte años después de haber egresado, se tituló de abogado. Ese mismo año se presentó al concurso público a que llamó la Universidad de Chile para proveer la cátedra de Economía Política que había ocupado Courcelle Seneuil. Desde entonces desplegó su influencia de economista librecambista entre los jóvenes universitarios, uno de los cuales fue Arturo Alessandri Palma, de cuyos apuntes de clases hemos transcrito algunos párrafos en la selección de textos que adjuntamos a continuación.

Pero su labor de “diarista” no habría de concluir aún. Un grupo de conservadores fundaron en Valparaíso, ese mismo año 1884, el diario *La Unión*, que tenía la ambición de competir con *El Mercurio*, misión poco menos que imposible en la que habían naufragado todos los intentos anteriores. La redacción del nuevo periódico le fue encomendada a Zorobabel Rodríguez, que llevó a cabo esta empresa con éxito total. Sin embargo, ya no sería el mismo polemista punzante de *El Independiente*. De hecho la mayor parte de sus editoriales fueron dedicados a temas económicos<sup>14</sup>. Entre 1884 y 1891, Zorobabel Rodríguez fue el gran difusor del liberalismo clásico, el de Adam Smith, Bastiat —de gran influencia sobre el economista chileno— y Courcelle Seneuil, a través de las columnas de *La Unión*, en la *Revista Económica*, de la cual también era el principal redactor, y en la cátedra universitaria.

Como diputado y dirigente del partido, le cupo contribuir a la redacción del acta de deposición del Presidente Balmaceda, que le costó la prisión y el posterior destierro al Perú. Sin embargo, paradójicamente, la gran derrota de Zorobabel Rodríguez no le fue infligida por el balmacedismo sino por sus mismos correligionarios, y también por los nuevos rumbos del siglo que se aprontaba a asomar. Después de la guerra civil, sus “amigos” le pidieron que se acogiera a un descanso. Joaquín Walker Martínez, entonces Ministro de Hacienda, lo nombró Superintendente de Aduanas, con sede en Valparaíso. Zorobabel Rodríguez, que nunca había aceptado de

---

<sup>13</sup> Véase Guido de Ruggiero, *The History of European Liberalism* (Oxford, 1927), cap. 2 y 4; Anne Fremantle, *The Papal Encyclicals in their Historical Context. The Teachings of the Popes from Peter to John XXIII*, (Nueva York, 1963); Duncan Townson, *Dictionary of Modern History, 1789-1948* (Londres, 1994); Ricardo Krebs, “El pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile, 1875-1885”, en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo*, *op. cit.*, pp. 12-17.

<sup>14</sup> Véase Raúl Silva Castro, *Prensa y periodismo en Chile 1812-1956* (Santiago, 1958), p. 283.

los gobiernos liberales cargo alguno de carácter diplomático, político o administrativo que le significara dejar de batallar con sus escritos, esta vez hubo de someterse y, en consecuencia, abandonar la redacción periodística y la cátedra universitaria para siempre<sup>15</sup>.

Paradoja enorme la de este intransigente librecambista que tiene que aplicar en su nuevo cargo la tarifa aduanera proteccionista de 1897. Pero Zorobabel Rodríguez no se deja vencer. En 1893 publica *Estudios económicos* y al año siguiente el *Tratado de economía política*, que recibió un elogioso comentario en el *Journal des Economistes*, y que fue acogido como texto de cátedra en la Universidad de Chile. Aunque no en la Universidad Católica, pues sectores eclesiásticos y conservadores llegaron a considerarlo herético, dada su aceptación de la ley de población de Malthus, y su preferencia por la separación de la Iglesia y el Estado<sup>16</sup>.

Zorobabel Rodríguez murió a los 62 años, cuando se iniciaba el nuevo siglo. Estaba entonces abocado a preparar la segunda edición de su *Diccionario de chilenismos*. La prensa de todo el país se enlutó y editorializó elogiosamente sobre su persona, haciendo hincapié en la influencia que había tenido en la difusión de las ideas liberales. La Junta de Accionistas de *El Independiente*, que no salía a luz desde enero de 1891, decidió publicar una *Corona fúnebre* que recogiera todos esos homenajes y su biografía. El Partido Conservador vino a manifestar su reconocimiento en la Convención de 1909, el que se materializó en una publicación, *Homenajes*, que salió a luz en 1912, más de una década después de su muerte. Años antes, la prensa católica había comenzado a atacarlo, justamente por su liberalismo, y el único que salió en su defensa fue su hijo Simón Rodríguez Rozas, quien por ese entonces era un científico sin fe religiosa<sup>17</sup>.

¿Qué tipo de lectura ha de hacerse de los textos de Zorobabel Rodríguez que transcribimos a continuación? A pesar de la actualidad de algunos de sus conceptos, hemos de leerlos como la producción intelectual de enorme calibre de un hombre del siglo XIX, que aún tiene fe en el progreso, que no ha conocido de guerras mundiales, de bomba atómica, de holocaustos ni de hambrunas. Hemos de ver en sus escritos al intelectual católico que intenta infructuosamente la conciliación entre su fe religiosa y su fe liberal. Podemos ser testigos del titánico batallar de un hombre de libertad intelectual contra el autoritarismo estatal y de su derrota, no por obra de los políticos liberales que él tanto combatió sino por el silencio a que lo sometieron su Iglesia y su partido.

<sup>15</sup> Véase Abdón Cifuentes, "Introducción", *Corona fúnebre*, op. cit., p. 119; Enrique Fuenzalida, "Biografía", *ibid.*, pp. 139-140; y Joaquín Walker Martínez, "Carta", *ibid.*, p. 269.

<sup>16</sup> Véase Simón B. Rodríguez, *Malthus, Z. Rodríguez y el socialismo cristiano* (Quillota, 1906); y Enrique Fuenzalida, "Biografía", *Corona fúnebre*, op. cit., pp. 137-138.

<sup>17</sup> Simón B. Rodríguez, *Malthus...*, op. cit.

## SELECCIÓN DE ESCRITOS

**1. Zorobabel Rodríguez, católico liberal**

La Economía y la Moral son hermanas, y a estrechar sus lazos, y a demostrar sus armonías, y a popularizar sus altísimas enseñanzas y sus salvadores preceptos deben dirigir sus esfuerzos los que, ni olvidadizos del pasado ni temerosos del porvenir, tengan en el alma, como no hemos dejado de llevar nosotros, la fe de nuestros padres y el espíritu de nuestro siglo, para levantar sobre los macizos cimientos del pasado el gallardo edificio del porvenir. (“La economía política y la moral”, en *Revista Económica*, N° 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

Pidiendo que la autoridad social deje de injerirse como un estorbo en el campo de la actividad individual, reclamando para cada hombre la plenitud de su libertad, de su iniciativa y de su responsabilidad, ¿qué otra cosa hacemos que mostrar nuestra fe en la Providencia Divina, en la sabiduría de sus leyes y en la bondad de sus designios? Entonces somos radicales, mucho más audaces, mucho más lógicos, mucho más trascendentales que los que se tienen por corifeos del radicalismo.

[...]

Luego nuestra teoría es a un mismo tiempo radical y conservadora. Radical porque tiende a suprimir radicalmente las causas de los trastornos violentos; y conservadora porque el medio más seguro de que la sociedad se conserve y conserve todo aquello que le convenga, es dejarla completamente libre delante de su propia responsabilidad. (*El Independiente*, enero 19 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social. Polémica con *La República*”, en Zorobabel Rodríguez, *Miscelánea literaria, política y religiosa*, Parte Política. Tomo I. Santiago: Imprenta de *El Independiente*, 1876, pp. 139-141.)

Sin ocultar nuestras convicciones religiosas hemos impugnado todas las doctrinas despóticas y resistido todos los atropellos contra las libertades personales, municipales o religiosas, no en nombre de nuestras creencias particulares ni de los intereses de nuestra Iglesia o de nuestro partido, sino en nombre de los sanos principios políticos. (*El Independiente*, 5 de agosto de 1883, citado por Sofía Correa S., “El Partido Conservador ante las leyes laicas, 1881-1884”, en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo, las bases doctrinarias del conflicto entre la Iglesia y el Estado en Chile, 1875-1885*. Santiago, 1981, p. 101.)

## 2. Naturaleza y sociedad

### a) Conocimiento científico

[L]a verdad científica es una especie de revelación natural de la sabiduría divina [...] (“La economía política y la moral”, en *Revista Económica*, N° 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

Sin duda que el método de observación puede aplicarse con buen éxito al estudio de los fenómenos sociales; pero no el método de observación tal cual los materialistas lo entienden y practican. Para ellos sólo existe la materia y nada más creen que es posible observar que los fenómenos que ofrece y las leyes fatales que los determinan. Siendo ello así ¿no es claro que el mundo del derecho, de la moral, de la libertad, de la sociología, en una palabra, es para el positivismo un mundo no descubierto aún, más que eso, un mundo cuya existencia declaran absurda, cuyo descubrimiento tienen por imposible?

En el orden social no faltan ciertamente fenómenos y leyes en que ejercitar la observación; pero ésta tiene por objetivo algo más que los movimientos, las fuerzas y los diversos aspectos de la materia, los actos humanos, esto es, producidos por una fuerza inmaterial, libre y consciente: no faltan tampoco leyes que determinen y rijan esos actos dándoles consecuencias que guarden consonancia con su carácter; pero éstas que son mucho más de admirarse que las que rigen el mundo de la materia difieren esencialmente de ellas, porque mientras las físicas gobiernan el mundo material con una inflexibilidad matemática, las económicas y sociales, se inclinan respetuosamente ante la libertad del hombre, contentándose con incitarlo al bien con el estímulo de los felices resultados de la sumisión y con apartarlo del mal mediante el temor de los daños que le acarreará la rebeldía.

Aclaremos nuestro pensamiento con un ejemplo. Un químico, analizando el agua repetidas veces observa que se descompone en oxígeno e hidrógeno. Cuando eso ha observado y cuando reconstituyendo por medio de la síntesis el compuesto que había tomado por objeto de su observación, se ratifica en su juicio, tiene derecho para decir que el oxígeno y el hidrógeno son los elementos de que se compone esa especie de materia que llamamos agua.

¿Podría ese mismo químico analizar y recomponer por el método experimental, la justicia, el derecho, la libertad o alguna de las otras ideas capitales de la ciencia política? Es evidente que no.



Pero, como lo hemos ya notado, la dificultad de aplicar a la sociología el método de observación en el sentido positivista pasa más adelante; porque no sólo los objetos sometidos a la observación son de distinta naturaleza, sino que también las leyes que determinan los fenómenos obran de diversa manera.

Así un naturalista competente podrá decirnos, en presencia de un animalillo recién nacido, cuál será, dentro de cierto tiempo, el número de sus muelas y dientes, el color de su pelo, sus alimentos, sus costumbres, etc. Tampoco le sería difícil, en presencia de un árbol despojado de sus hojas, dibujarnos la figura de éstas, o darnos a conocer el gusto de sus frutas, o el color de sus flores. Pero ¿podrían todos los sabios del mundo reunidos describirnos anticipadamente las obras que ha de ejecutar en su madurez el niño A, o la población que llegará a tener el Estado B, o el máximo de la vida del pueblo C, o el precio que en cinco años tendrá en Chile un voto o una fanega de trigo? Imposible.

Y eso ¿por qué? Sencillamente porque en todos estos últimos problemas hay una incógnita que no puede ser despejada; la libertad humana, que es la causa de que estos problemas sociales sólo puedan resolverse de un modo condicional y relativo. El economista sabe de cierto que la población de Chile, por ejemplo, ha de guardar relación con los medios de subsistencia: sabe que a una disminución de éstos, ha de corresponder una disminución de aquélla y vice versa; pero no puede pasar más adelante, porque ignora si el Gobierno o los particulares comprenderán la ley y procurarán obedecerla, o si extraviados por pasión o ignorancia se estrellarán contra ella. En uno y en otro caso la ley permanecerá invariable premiando a los sumisos y castigando a los rebeldes; pero lo que vendrá no puede anunciarse incondicionalmente, porque ello depende de la libre voluntad del hombre.

No se deduzca, sin embargo, de lo expuesto, que la sociología sea una ciencia sin base ni importancia, porque es lo cierto que ni en solidez ni en utilidad cede (y al contrario aventaja en mucho) a las ciencias físicas y matemáticas. Tratándose, en efecto, de arreglos sociales, las clasificaciones y las profecías importan poco; lo importante es saber a ciencia cierta que la sociedad está regida por leyes naturales, conocerlas y persuadirse de que, si es posible violarlas, a nadie es dado violarlas impunemente. Entonces hay ya una luz que muestre a los pueblos y a los Gobiernos el camino del progreso. Entonces es posible, cada vez que se toma una medida, prever sus resultados buenos o malos, según que aquélla se ajuste o no a la ley. (“Política positiva y política racional. Juicio crítico de las ‘Lecciones de política positiva’, por D. José Victorino Lastarria. Julio 5 de 1875”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 27-30.)

## b) Leyes naturales

Si la humanidad es un todo armónico y viviente, “que obedece a leyes naturales que no ha inventado”; si su progreso o retroceso son consecuencias necesarias de la exactitud con que las obedezca o de la temeridad con que las viole, ¿hay otra cosa que hacer que dedicarse al estudio de esas leyes para, una vez conocidas, procurar por cuantos medios estén a nuestro alcance, vencer las preocupaciones, los errores, los intereses, en una palabra, los obstáculos que impiden el libre juego de aquéllas y esterilizan o debilitan cuando menos su benéfica acción? (“Política positiva y política racional”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 24-25.)

[L]os verdaderos intereses económicos de los países [...] se subordinan a las leyes uniformes y armónicas que imprime el principio motor de la creación, y no a las arbitrarias de un gobernante que sólo es en el tiempo lo que una molécula de aire en el espacio. (“Apuntes de ‘Economía política’. Tomados en clases del señor don Zorobabel Rodríguez por el alumno Arturo Alessandri”. Santiago, 13 de mayo de 1889. Manuscrito conservado en Fondo Reservado de la Biblioteca del Congreso.)

## c) Progreso

[L]as leyes eternas que regulan el progreso, en vez de ser ciegas e inexorables como las que rigen el mundo de la materia, son suaves, elásticas y en cierta manera sensibles, como las que rigen el mundo moral. La planta no es libre para crecer más ligero o despacio, inclinándose a derecha e izquierda; mientras que, ya que no en absoluto, relativamente el hombre lo es. Puede inclinarse ante la ley o atropellarla, y según el partido que tome, acelerar o retardar la marcha del carro del progreso. Sujeto a las múltiples influencias de la atmósfera material y moral que respira, no lo está más que hasta cierto punto; y si la corriente obra sobre él siempre y en la generalidad de los casos lo arrastra, a veces también, nadando aguas arriba, a fuerza de brazos, demuestra que lleva en sí una fuerza propia, personal, independiente de cuanto le rodea y superior a ello.

[...]

El progreso es una evolución, pero una evolución moral; hay fuerzas que obran y leyes que las gobiernan; pero esas fuerzas son susceptibles de aumento y disminución según nuestra voluntad, y esas leyes están con sabiduría infinita dictadas para regir la actividad humana, sin suprimir la

libertad. (*El Independiente*, enero 19 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 138-139.)

[...] Como manifestaciones inequívocas de esa ley de progreso, podrían citarse, entre otras, la elevación moral de la mujer, la abolición de la esclavitud, la atenuación de los horrores de la guerra, el descenso constante del interés del dinero, el alza no menos constante de los salarios, la difusión de las luces, los progresos en la moralidad pública y privada, y el aumento asombroso de la riqueza y del bienestar entre los hombres. (Zorobabel Rodríguez, *Tratado de economía política*, Valparaíso, 1894, pp. 19-20.)

Es imposible que la humanidad retroceda; pero eso, lejos de importar una negación de la libertad y de la responsabilidad humanas, no es más que su efecto. El hombre, abandonado a sus propias inspiraciones, tiende a desarrollarse en el tiempo y en el espacio, tiende, para servirnos de las exactísimas palabras bíblicas, admirable definición de la ley del progreso, a *crecer y multiplicar*, y por eso la libertad es condición de todo adelanto, y el progreso se verifica *natural y seguramente; pero no fatalmente*.

Nuestra tesis podría pues formularse en un sencillo silogismo:

Progresar es crecer y multiplicar. Es así que el hombre abandonado a sus propias inspiraciones tiende a multiplicar y a crecer. Luego el progreso es seguro; luego la condición del progreso es la libertad. (*El Independiente*, enero 24 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 153-154.)

[L]as sociedades, abandonadas a su propio impulso, tienden al bien, como estamos ciertos de que el agua, abandonada a su propio impulso, tiende a nivelarse.

Y racionalmente el hombre puede estar tan convencido de que la tendencia de las sociedades es al progreso, como lo está de que la tendencia de los líquidos es a nivelarse, porque ambas leyes tienen un origen idéntico —la experiencia— y son enseñadas por la física y por la economía política, dos ciencias hermanas nacidas de la observación.

[...]

Podría, en efecto, haber ocurrido en el curso de la lectura de este artículo al lector bastante paciente para seguimos hasta aquí, preguntar: Todo está muy bien; pero ¿qué papel desempeña la moral en vuestro sistema? Si los pueblos deben ser emancipados, porque creéis que tienden naturalmente al progreso en todos sentidos, ¿no es claro que religión y moral están demás?

La objeción es grave; pero bastará una brevísima consideración para destruirla.

Cuando se afirma que la sociedad humana, abandonada a sus propios impulsos, *tiende al progreso*, no se declara *impecable*; ni menos aún se quiere decir que su marcha progresiva ha de ser *uniforme, constante y universal*.

Cuando se afirma que el agua abandonada a las leyes de la gravedad *tiende a nivelarse*, ¿se niega por eso la posibilidad de las corrientes, de las cascadas, de las olas, de las marejadas y de los remolinos?

No: desgraciadamente, aun realizado nuestro ideal, el mal subsistiría siempre. El hombre continuaría siendo como hoy falible en sus juicios y en sus cálculos, violento en sus pasiones, injusto en los medios de proveer a su bienestar o a sus placeres. No: la doctrina de los economistas está tan lejos de pretenderse una panacea, como está lejos de aspirar a la supresión de los Gobiernos. Gobiernos y males son términos correlativos que subsistirán sobre la tierra mientras el hombre no cambie de naturaleza; mientras el hombre, violando la ley a que el Creador lo sometió, a diferencia de todos los demás seres inanimados y animados de la creación, lleve sobre su frente desde donde la luz de la inteligencia irradia, como el sol sus manchas, la indeleble señal de la primera caída.

Pero si nuestra doctrina no suprime el mal, lo disminuye en tanto cuanto el que actualmente existe es debido a la acción perturbadora de los Gobiernos; y echando la responsabilidad del que subsistiese como inevitable, siempre sobre sus causantes, tendería constante a disminuirlo. (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, p. 113, 118-119.)

### 3. Fe y ciencia

Vea, pues, sin más explanaciones, el lector atento cuán importante papel desempeña la moral religiosa en el sistema social a que nos adherimos.

*Rey de sí mismo y de sus cosas rey*, el hombre, tomado en general, tenderá siempre al progreso, porque siempre obedecerá al aguijón de su propio interés, y porque siendo armónicos los intereses, tendiendo cada hombre *a sabiendas* a su interés individual, tienden todos, *sin saberlo*, al interés público. Sin embargo, como en su marcha hacia el progreso el hombre, considerado aisladamente, puede retroceder, echarse en tierra o desviarse a la derecha o a la izquierda, ya porque viendo el interés común y

el suyo propio, la pasión o el vicio se le sobrepongan; ya porque, corto de vista, no descubra el lazo que une su interés al interés común y viole la justicia buscando la personal conveniencia; ya, en fin, porque se trate de actos que por su naturaleza subjetiva escapen a toda represión gubernativa y social, es necesario de toda necesidad que brille a suficiente altura sobre el camino que el género humano recorre, una luz que no sufra ni mudanzas ni eclipses, a cuyo resplandor puedan marchar seguros los que vayan por el buen camino y orientarse los extraviados.

Esa luz no es ni puede ser otra que la que echa de sí la ley moral, basada sobre el dogma religioso, tan sólida y brillantemente defendida por Caro contra el utilitarismo de Bentham: ley que si no está reñida con la utilidad, que, aun cuando siempre la produce como una consecuencia, no puede confundirse con ella, porque está mucho más alto que ella. Esa luz, lejos de hacerse inútil en el régimen de la libertad, llega a hacerse indispensable e irremplazable [...] un pueblo de hombres libres de elegir su camino no podría caminar a oscuras, sin correr gravísimo riesgo de extrañarse. Es lo que explicó con su incomparable elocuencia Donoso Cortés, en su conocido discurso sobre la dictadura; es lo que con su habitual profundidad observó Tocqueville, notando que para ser libre el hombre es preciso que crea, como no tiene más que resignarse a la esclavitud si quiere ser incrédulo.

De más de lo dicho, si la Política y la Economía Política tienen por objeto encontrar, perdónesenos lo vulgar de la consideración, una cabalgadura que lleve al género humano con seguridad y ligereza hacia su destino, nunca debe echarse en olvido que el hombre ha sido creado para algo más que para ser un veloz y gallardo jinete por los caminos del progreso. Luego, pues, si no caminamos por caminar, si más allá y más arriba de la vida está el fin de la vida, y si las ciencias políticas y sociales no tienen, digámoslo así, jurisdicción más que sobre el camino por donde hemos de pasar y sobre la cabalgadura o vehículos que ha de llevarnos, la religión y por lo tanto la moral quedan brillando con la luz que les es propia en la altísima esfera de lo final, de lo infinito y de lo perdurable. (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 119-121.)

No sabemos si en la rapidez y brevedad de estas líneas habremos acertado a exponer con precisión nuestro pensamiento: no sabemos si habrá visto el lector como nosotros vemos a la noble y desgraciada prole de Adán cruzando el espacio y el tiempo con majestuoso vuelo, a veces describiendo círculos inmensos sin remontarse un punto, a veces subiendo en espiral gigantesca, a veces lanzándose hacia el sol en derechura con ímpetu valien-

te, y siempre sostenida en sus dos alas eternas e inmortales: la religión y la libertad.

¡Ah! los que vivís empeñados en hacer de esas dos alas dos implacables enemigos, los que las declaráis incompatibles, los que malgastáis los dones de que os enriqueció la Providencia en cortar la de la derecha o la de la izquierda, poned término a vuestra obra impía. No hace mella al diamante el acero mejor templado, y son de diamante, —como él duras y como él espléndidas— las alas que sustentan a la humanidad en su carrera. Y después, aun suponiendo que el éxito coronase vuestra insensata empresa, ¿qué habríais alcanzado? Una bien triste cosa: convertir al águila real que Dios echó a volar por los insondables abismos del espacio y del tiempo, en rastrera y mísera tortuga.

Si tanto os gusta la sopa de tortuga, seguid. A nosotros nos gusta más ver volar las águilas, y mucho más aún que verlas volar, nos gustaría subir hasta el cerco del sol sobre sus alas voladoras. (*El Independiente*, enero 24 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 156-157.)

#### 4. Ciencia económica y religión

[M]uévenos también [...] la muy antigua y arraigada convicción que abrigamos de que los que como él, deseosos de servir la causa de la Religión, hacen guerra a la Economía Política, con las mejores intenciones del mundo van directamente contra el fin que se proponen alcanzar.

Ni puede ser de otra manera desde que la Economía Política Católica es una ciencia, esto es, un conjunto de leyes naturales inducidas de la observación.

En este carácter de ciencia no puede haber ni una Economía Política Católica, ni una Economía Política anticatólica como no hay una Aritmética atea, ni una Física protestante ni una Química mahometana.

Toda ciencia debe ser en sí misma desinteresada, inflexible, sorda aun a las sugerencias de los más nobles sentimientos y de los propósitos más elevados. Da testimonio de lo que ve, afirma lo que es, y mientras no se la convenza de haber observado mal o de que sus asertos no concuerdan con los hechos, no hay razón para formular contra ella cargo alguno ni para cerrar a sus enseñanzas los oídos.

[...]

Porque es ése el concepto que tenemos de las ciencias en general y de la económica en particular, hemos mirado siempre como insensatos y deplo-

rado casi como impíos los esfuerzos de algunos creyentes, más fervorosos que reflexivos, para presentar como enigmas o cuando menos como sospechosas de hostilidad contra la fe a las ciencias que en el campo de la observación puramente humano tratan de conocer los hechos y relaciones, los fenómenos y su encadenamiento, las leyes naturales por que están regidos y sus inevitables efectos. Como insensatos, porque nada hay que prevalezca contra la verdad bien observada o plenamente comprobada; y como casi impíos, porque, no siendo las leyes naturales sino manifestaciones de la voluntad soberana, de la infinita sabiduría y de la bondad inefable del Creador, hay irreverencia en desconfiar de ellas y locura en pretender reemplazarlas por otras más perfectas emanadas del pobre entendimiento humano.

En vez de emplear sus talentos en empresa tan estéril y temeraria deberían, a nuestro humilde juicio, los publicistas católicos emplearlos en adelantar el majestuoso edificio de la armonía entre la Religión y la Ciencia probando que [...] son ciertamente dos hermanas que, bajando la una del cielo y subiendo la otra de la tierra, se unen en la región de la luz para manifestar, proclamar y alabar en sus obras la infinita sabiduría del Autor de todo lo creado.

[...]

El economista que estudia y expone las leyes naturales que rigen la producción, circulación, distribución y consumo de las riquezas no podría meterse a moralista para calificar de virtuosos o pecaminosos los actos, o para proponer en reemplazo de las leyes naturales que son, otras preferibles inventadas por él, sin salir del terreno que le es propio y cuyos lindes no le es permitido transgredir.

De que el hombre trabaje movido casi siempre por su propio interés y con frecuencia por dar satisfacción a sus sentidos y apetitos no puede deducirse que cuantos señalan el hecho lo justifiquen o aplaudan. No justifica las crueldades de las fieras el naturalista que describe sus costumbres sanguinarias, ni se goza en los estragos que causan los terremotos el geólogo que trata de descubrir las causas que los producen y de formular las leyes que los rigen. Hacer cargos al economista porque prescinde de la moral en sus investigaciones y porque no trata de predicar la virtud y de combatir los vicios, es hacerle cargos por haber elegido como objeto de estudios, en vez de la Ciencia de la Virtud, la Ciencia de la Riqueza: es como hacer cargos al agricultor porque, en vez de pasar la vida labrando la tierra, no la pasa como los astrónomos mirando al cielo para observar en él el curso de los astros.

[...]

Nosotros reconocemos que existe una Ciencia del Bien y que ella está unida a la Ciencia de la Riqueza por muy estrechos lazos. Además de

que las fronteras de ambas se tocan y en partes llegan a compenetrarse y hasta borrarse, mutuamente se auxilian y sostienen. Así nadie negará la superioridad de un pueblo honrado, sobrio y virtuoso en la obra de la producción y conservación de la riqueza, sobre un pueblo disipador, sensual y corrompido. Pero si nadie sería osado a negar la benéfica influencia de la Moral en la prosperidad económica de los pueblos, no es menos evidente la que la Ciencia Económica ha ejercido y está llamada a ejercer en los progresos de aquélla y en la morigeración de las costumbres. Para probarlo, bástenos recordar la luz que los economistas han derramado sobre la teoría del interés del dinero y, por consecuencia, sobre la justa apreciación moral del contrato de mutuo; y las dificultades casi insuperables con que luchan los que afanan por moralizar familias condenadas por la miseria al libertinaje y al crimen.

Como economistas consentiríamos de buen grado que los moralistas nos dijiesen: sin moralidad no hay trabajo productivo y asiduo, ni ahorro perseverante, ni base sólida para las transacciones, ni mesura en el consumo de las riquezas; con tal que los moralistas reconociesen por su lado que, sin ciertas condiciones materiales de bienestar y sin cierta instrucción que sólo a favor de aquéllas puede adquirirse, la práctica de la virtud es poco menos que imposible.

En resumen, pensamos que la Moral y la Economía son dos ciencias distintas aunque conexas, llamadas a prestarse mutuos e importantes servicios; y por lo mismo que las consideramos como hermanas, rechazamos en nombre de los altos intereses vinculados a su buena armonía, la pretensión de someter la una a la otra imponiendo, en nombre de la Moral, a la Economía el criterio de la virtud y la ley del sacrificio, que son exclusivos de aquélla y que ésta no podría admitir sin ponerse en contradicción abierta con los hechos y minar los fundamentos mismos en que descansa.

[...]

Es decir, que mientras los economistas afirman que el móvil del trabajo es el deseo de satisfacer las necesidades o sea el interés personal, el autor de los *Estudios Católicos* sostiene que él debe ser reemplazado por el de abnegación o en otros términos, por el del interés del prójimo.

Antes de apreciar en sí misma la tentativa que esa afirmación envuelve para dar a la Economía una nueva base, observaremos que, mientras los economistas al decir que es el aliciente del interés propio el que mueve a los hombres al trabajo, toman nota de un hecho universal, los que hablan de reemplazarlo por la abnegación no hacen más que expresar una aspiración o formular un *desideratum*.



Ahora bien, como la ciencia no es otra cosa que el conocimiento de los hechos y de sus relaciones, los economistas, so pena de dar en los dominios de la hipótesis, por católicos que sean, no pueden volverles la espalda y silenciarlos para afirmar, contra lo que siempre y en todas partes se ha visto y estamos continuamente viendo, que el aguijón que incita a los hombres al trabajo, no es el interés propio sino el ajeno.

Tan clara es la verdad que acabamos de apuntar que los mismos inventores de la Economía Política Cristiana ó Católica la reconocen implícitamente en los esfuerzos que hacen para persuadir a la humanidad a que, abandonando el antiguo principio del interés individual, adopten el nuevo del sacrificio que ellos proponen.

Para estimar como imposible un semejante intento basta observar que su realización implicaría nada menos que un cambio radical en la naturaleza humana. Sería, en efecto, preciso hacer al hombre de nuevo para que en su ánimo, como incentivo al trabajo, pudiera más el interés del prójimo que el propio. En el caso que consideramos la empresa es tanto más irrealizable cuanto que no se trata de combatir ningún vicio, ni de desarraigat ninguna perniciosa costumbre peculiar a algún país o a algún tiempo, sino de transformar la naturaleza humana en lo que tiene de más general y constante, de quitar, por decirlo así, de la faz de la tierra al hombre que hasta ahora la ha habitado para reemplazarlo por otro nuevo fundido en el molde de una teoría que puede ser tan hermosa como se quiera, pero que tiene el capital defecto de ser nada más que una teoría.

Sobre ese defecto, ya gravísimo, de ser sólo una teoría que se quiere levantar sobre un hecho que no se quiere reconocer porque desagrada, tiene el llamado principio de la abnegación el no menos grave de ser irrealizable o a lo menos el de que no podría realizarse sin producir en las sociedades los más espantosos trastornos, la postración más profunda y el más lamentable retroceso.

Si pudiera conseguirse que los hombres nos interesáramos más por la suerte de los demás que por la propia y que la satisfacción de las necesidades no dependiese de lo que uno produjera sino de lo que para uno produjesen todos los demás, la producción se paralizaría como por encanto, los cambios serían una Babilonia, la distribución una merienda de negros y los consumos una iniquidad que clamaría al cielo.

[...]

De suerte que lo que se pretende, so capa de religión y con las más sanas intenciones del mundo, es destruir el régimen natural —obra de Dios— de libertad y de responsabilidad en que el premio sigue de cerca al mérito y el castigo a la culpa, por otro en que la distribución de las recom-

pensas y de los castigos se haga al caso o al capricho, en que los trabajadores suden para que los ociosos engorden y en que, contra lo que Dios manda y la naturaleza impone, queramos más para la casa del vecino que para nuestra propia casa.

Y lo que en todo esto hay de más extraño es que semejantes teorías se prediquen en nombre de la moral y se recomienden como un preservativo contra el socialismo que llevan gritando en las entrañas.

Para combatir al socialismo hacen como los socialistas: niegan la existencia, o cuando menos la sabiduría de las leyes naturales, que tratan de reemplazar por otras de su gusto e invención. (“La economía política y la moral”, en *Revista Económica* N° 4, Valparaíso, 24 de marzo de 1887.)

No niegan los economistas la sabiduría de la Providencia; pero ¿por qué les había de estar vedado que, como los que cultivan otras ciencias, se empeñasen en darse cuenta de algunos de sus designios? Sí, Dios no ha criado, ciertamente, a los hombres para que mueran de hambre, como no los ha criado tampoco para que se abandonen a los vicios; sino que, criándolos libres, les ha impuesto bajo severas penas el deber de valerse de su razón y de su previsión para ponerse ellos y poner a sus descendientes a salvo de la miseria y de los males que comúnmente engendra. La Providencia nos ayudará; pero como dice el proverbio, es preciso que, para alcanzar su ayuda, hagamos lo que de nosotros dependa. (*Tratado de economía política, op. cit.*, p. 95.)

## 5. Ciencia económica

### a) Definición

Es formada la Sociología o Ciencia Social por el grupo de las que antes se designaban con el nombre de Ciencias Morales y Políticas, que tienen por objeto de estudio, según queda dicho, al hombre, considerado como un ser sociable, moral, inteligente y libre, grupo que comprende:

1°. La Economía Política, llamada también por algunos autores, según los especiales puntos de vista en que se han propuesto considerarla, Ciencia de la Riqueza, Ciencia del Bienestar, Ciencia del Trabajo o de la Industria, Ciencia de los Cambios, Ciencia de lo Útil, Ciencia de la Libertad, etc.;

2°. La Moral [...].

- 3°. El Derecho [...].
- 4°. La Historia [...].
- 5°. La Religión [...].
- 6°. La Estadística [...].
- 7°. La Política [...].

“Todas las enunciadas ciencias tienen entre sí estrechas relaciones, tan estrechas que, confundiéndose y compenetrándose a veces, sería muy difícil demarcar con exactitud los términos de sus respectivos dominios.

Todas ellas también se prestan mutuos y preciosos auxilios.

[...]

Aun cuando la Economía Política fuese una ciencia puramente especulativa, no susceptible de aplicaciones provechosas, siempre su estudio ofrecería un interés muy vivo. La constitución de la Sociedad, la descripción y funcionamiento de sus diversos órganos, las leyes naturales porque está regida, las causas que influyen en su bienestar o miseria, en su progreso, estagnación y decadencia, ofrecen un campo tan vasto como interesante a la noble curiosidad de la inteligencia humana. Ese estudio descubre a sus ojos nuevos y espléndidos horizontes, revelándole como la existencia de un nuevo mundo en que resplandecen, con mayor magnificencia aún que en el mundo sideral, la variedad, el orden, la armonía. Porque si es admirable el espectáculo de la armonía producida por la sujeción inconsciente de las fuerzas ciegas de la materia a las leyes de la naturaleza, ¡cuánto más lo será la que ofrecen los fenómenos económicos, producida por seres racionales y libres, que, persiguiendo cada cual su propio interés y ejerciendo su personal iniciativa, tienden, sin embargo, a que el bien general se produzca mediante el obedecimiento a leyes no menos constantes, y universales y científicas que las que gobiernan la materia, sus fuerzas y sus ciegos impulsos!

[...]

¿Cómo considera la Economía Política al hombre? Lo considera como a la única fuerza racional y libre de la creación, como a una actividad espontánea servida por órganos, como a un agregado de materia, de inteligencia y de sentimiento.

Estos elementos constitutivos de su ser, combinados por medios aún ocultos a la razón humana, para desarrollarse y conservarse exigen una renovación continua, que la naturaleza reclama con la voz de la necesidad y que se opera por medio del consumo que la acalla. (*Tratado de economía política, op. cit.*, pp. 3-4, 7, 16.)

## b) Leyes económicas

[A]l presente todo intento de cambio en las leyes económicas nos parece tan absurdo como nos parecería cualquier intento de cambio en las leyes que rigen el mundo moral o el mundo físico. Así no encontraríamos diferencia entre sacar el dinero de arcas fiscales para gastarlo en acarrear a Chile inmigrantes y repatriados, y sacarlo para acarrear agua de la bahía de San Francisco o de la bahía del Callao a la de Valparaíso, con el objeto de levantar en ésta el nivel del mar.

En la materia de que tratamos lo mejor que puede hacer un Gobierno es no hacer nada, que es también lo mejor que podemos hacer los que escribimos para el público. El único caso en que a Gobiernos y escritores les es dado salir de esa actitud pasiva es cuando el equilibrio natural no puede restablecerse porque tropieza con algunos obstáculos creados por la autoridad. Entonces Gobierno y prensa deben remover esos obstáculos a fin de dejar a todo hombre expedito el camino para que atienda como mejor le cuadre a sus propios intereses, con la certidumbre de que el bien de la comunidad será el resultado preciso de la libertad, de la independencia y del bien de cada uno. (“Lo mejor es no hacer nada”, *El Independiente*, abril 2 de 1872, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 242-243.)

[L]a competencia origina una lucha tenaz entre los productores, lo cual los hace esforzarse para producir la mayor cantidad y de mejor calidad con el menor trabajo posible y se esfuerzan de esta suerte para ver modo de tener el mayor número de compradores y ganar mucho.

Y vimos que ya ésta es una ventaja del productor por cuanto aplicando todos los esfuerzos de su inteligencia llega a descubrir métodos fáciles de producción, y se estimula poderosamente la industria y puede decirse que a la competencia y únicamente a ella se debe el gran adelanto industrial de nuestros días. [...]

[...]

Tenemos pues que la competencia es un poderoso estímulo para el fabricante; para la industria es el gran principio de su progreso y adelanto; garantiza a los consumidores la buena calidad de los productos y les proporciona los objetos a un precio más reducido. Por el contrario, del monopolio, que es la prohibición de la competencia, resulta la inacción y pereza del industrial que sabe nadie le ha de estorbar en su venta; la industria se mantiene estacionaria o retrógrada; el consumidor no tiene garantía alguna a las arbitrariedades del productor para pagarle lo que él pida; pues éste está seguro de que nadie le impedirá la libre salida a sus productos.

[...]

El monopolio, en la acepción propia de esta palabra, puede ser natural o legal. El primero es aquel que se funda en la naturaleza misma de las cosas, en la diversidad de facultades y es justo y no es tan perjudicial por cuanto puede ser limitado por su abuso, descubriendo materias que lo sustituyan.

El monopolio legal no debe existir por cuanto es una limitación de la libertad humana, en cuanto por la propia naturaleza de las cosas tiene derecho a aspirar cada cual a unas mismas ventajas que otros, y la ley positiva no debe jamás contrariar los dictados de la naturaleza y por el contrario debe aceptarlos y aplicarlos a los casos especiales. (*Apuntes de “Economía Política”. Tomados en clases del señor don Zorobabel Rodríguez por el alumno Arturo Alessandri. Santiago, 13 de mayo de 1889, op. cit.*)

Los mismos principios que me obligan a oponerme a cualquiera traba contra la industria libre, me obligan a aceptar la fiscalización de la industria monopolizada. (*Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión N° 32 ordinaria, 19 de agosto de 1875.*)

### c) Aplicaciones de la ciencia económica

[...] Si las conclusiones de éstas [las ciencias de la observación] son siempre de una veracidad indiscutible, y si siempre y más o menos cabe disputa sobre la veracidad de aquéllas [las ciencias morales, metafísicas y políticas], es cordura resolver por Economía Política todas las cuestiones políticas y sociales a que sean aplicables las leyes de esta ciencia y que caigan bajo su jurisdicción. Es lo que por nuestra parte hemos tenido cuidado de hacer siempre sosteniendo las soluciones de la Economía Política, no sólo en materias de hacienda y de comercio, sino también en la enseñanza, en la colonización, inmigración, obras públicas, etc. (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, p. 114.)

[E]s tan difícil discurrir con exactitud en política cuando falta el conocimiento de la Economía, como hacer cálculos astronómicos o cosmo-gráficos, cuando no se han saludado las matemáticas. (*El Independiente*, 12 de agosto de 1883, citado por Sofía Correa, “El Partido Conservador ante las leyes laicas”, en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo, op. cit.*, p. 81.)

## 6. Aplicaciones de la ciencia económica: Límites del Estado

La misión del Estado se reduce a velar por la libertad de los ciudadanos, porque se cumplan las leyes, porque cada cual pueda ir y venir, entrar y salir libremente. Es así como se progresa. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión N° 29 extraordinaria, 25 de noviembre de 1875.)

Recórranse uno a uno los progresos de que se enorgullece el siglo en que vivimos, y se tendrá que confesar por fuerza que ellos se deben a la iniciativa individual, libre de las trabas de la intervención gubernativa. [...]

Imaginémonos, si no, que subsistiese aún la injerencia que en los siglos pasados tenían en la industria y en el comercio para fijar, por ejemplo, la calidad, el color y las dimensiones de una pieza de paño, o de bayeta, para señalar los precios de las mercaderías y fijar los requisitos necesarios para que una persona pudiese abrir una tienda, trabajar en un taller, hacer zapatos, curtir cueros, etc., y dígasenos si en tal hipótesis, comercio e industria habrían salido de mantillas y llegado a la asombrosa prosperidad en que se encuentran. ¡Prueba evidente de que el principal obstáculo que se oponía al desarrollo de esos ramos de la actividad humana, era el perjuicio que les causaba la pretendida protección de los Gobiernos! ¡Fenómeno propio para hacer meditar a los que se empecinan en atribuir a la autoridad la misión providencial de dirigir, educar y enriquecer a los pueblos! (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, pp. 109-110.)

He ahí como, para el filósofo que trata de penetrar hasta el fondo del problema político, no hay otras soluciones posibles que la negación del progreso o la división del trabajo que el progreso demanda en la forma propuesta por los economistas: al Gobierno, mantener el orden, la justicia, la libertad, la paz en el interior y en las fronteras: a los individuos, a su iniciativa, a su interés, a su fuerza separada o libremente asociada, todo lo demás.

[...]

¿[Q]ué importa al individuo víctima de una injusticia que ella se cometa por una mayoría inventada o por una mayoría verdadera? ¿qué le importa que el victimario sea uno o sean muchos? ¿qué le importa, en fin, que el atentado se cometa en nombre del pueblo soberano, más aún, que en el momento de cometerse sea aplaudido por millares y millones de manos?

Todo eso importa nada. Lo que importa es que el atentado no se cometa: lo que importa es que no pueda cometerse por nadie, ni bajo ningún pretexto. Lo que se busca es que una minoría y hasta un solo individuo, armados de su derecho no tengan nada que temer ni de leyes, ni de decretos, ni de mayorías, ni de pueblos, ni de Presidentes ni de Congresos. Y eso no lo conseguirán jamás los manipuladores políticos; porque eso sólo puede conseguirse tirando valientemente la línea divisoria entre el campo de acción de la autoridad y el campo de acción del individuo, y diciendo a aquélla: Tu misión es realizar la justicia: lo demás no es de tu incumbencia.

Tirada esa línea y consagrada por la convicción general de sus benéficos efectos, habría llegado el caso de dar por concluida la tantas veces secular campaña que el individuo viene sosteniendo contra las arbitrariedades del poder. Entonces en todos los puntos de la línea de su actividad, el hombre se sentiría tan seguro como hoy se siente en aquellos en que felizmente existe el deslinde.

[...]

Por fortuna el *laissez faire* no significa eso. No significa ni Gobiernos suprimidos, ni Gobiernos-vigas, ni impunidad de los malvados, ni libertad de atentar contra la vida o propiedad ajenas. Significa algo que por muchos aspectos es lo contrario de eso: Gobiernos exclusivamente contráhdos a velar porque nadie atente contra el derecho ajeno, a mantener la paz y la seguridad y el orden en el interior y en las fronteras, a administrar los bienes de la nación y a recaudar los impuestos que el desempeño de aquellas importantísimas tareas demande. Significa todavía el *dejad hacer*, hombres dueños de hacer su negocio, su gusto o su capricho según su voluntad y sin otra valla que la que separe su derecho del derecho ajeno. *Dejad hacer*, equivale a decir: Dejad que los hombres que hayan llegado a la mayor edad y estén en su sano juicio trabajen o descansen, economicen o malgasten, hagan negocios brillantes o ruinosos, hablen o escriban, se muevan o se aíslen, se asocien, dispongan en suma de sus personas y haberes como se les antoje. Mientras no haya violencia o fraude, lo mejor que los Gobiernos pueden hacer, lo que deben hacer para mantenerse en el terreno que les es propio es: ponerse al balcón y dejar pasar.

[...]

[S]i en virtud de la doctrina de los economistas, debe la autoridad dejar hacer a toda persona que haga de su capa un sayo, en virtud de ella debe cuidar también de que nadie haga un sayo de la ajena. (“José Eusebio Caro. Publicista”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa op. cit.*, pp. 105-108, 115-117.)

El primero que partió en dos aquel imperio en que jamás se ponía el sol de la majestad imperial fue nada menos que el Divino autor de la máxima: *Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* [...].

Siglos transcurrieron y torrentes de sangre inocente se derramaron antes de que César empecinado reconociese la soberanía de los que en nombre de la conciencia religiosa rehusaban inclinarse para adorarlo; pero al fin, la revolución iniciada en Jerusalén fue un hecho consumado, y César quedó reinando tranquilamente en los inmensos dominios de la industria, de la ciencia, del trabajo, de los contratos, etc. Pero he ahí que aparecen unos cuantos utopistas extravagantes que predicán la necesidad de quitar nuevas provincias al colosal imperio. Los Fisiócratas, con su teoría escandalosa del *dejad hacer*, pretenden quitar al Estado para devolver a los particulares la libertad de celebrar contratos, y Turgot, llamado al ministerio, sin temor al diluvio que los rutineros predecían como infalible, disolvió los gremios y las corporaciones y proclamó la libertad del trabajo. El ministro temerario cayó; pero la libertad por él proclamada permanece y permanecerá.

El Estado resistió con la energía de la desesperación; pero aún conservaba mucho de lo que había malamente usurpado en el transcurso de los siglos, y nuevos insurgentes llamaron a otras provincias amenazadas su atención.

Smith, apoyado en la experiencia, se puso a estudiar las causas de la riqueza, de la prosperidad y del empobrecimiento de las naciones, y conquistó el campo de los cambios internacionales para la libertad, dando un golpe de muerte al proteccionismo que agoniza: Malthus, estudia los problemas de la población, y quita al coloso otra provincia: Bastiat viene en seguida, y mostrando que la prosperidad social no es más que la prosperidad de los individuos, y que los intereses de éstos no son antagónicos sino armónicos, y que el medio más seguro de que el mayor número prospere, es dejar a cada cual la gestión y responsabilidad de los negocios que le conciernen, completó la obra secular encerrando al Estado en los dominios en que es lícito el empleo de la fuerza, esto es, en el de la defensa de la vida, de la fortuna y de la paz de los ciudadanos; y poniendo frente a frente de la soberanía del Estado así definida, la soberanía de los municipios en los asuntos locales, y la del individuo en los de naturaleza personal.

Allí acosado en sus últimos atrincheramientos, el Estado defiende lo que aún conserva de su presa con la poderosa fuerza que tiene a sus órdenes y con los auxiliares fieles que en todas partes le suministran la rutina, la ignorancia y los individuos, corporaciones y clases interesadas en la subsistencia del antiguo orden de cosas. Pero, a pesar de las fuerzas de que dispone y de la energía digna de mejor causa con que se defiende, su derrota



definitiva parece inevitable. Aumenta de día en día el número de sus enemigos, y el ejército de los sitiadores cuenta cada día con más hábiles y prestigiosos capitanes. No todos llegan por un mismo camino al campamento; pero todos llegan animados de un común deseo, armados de buenas armas, y dispuestos a no deponerlas mientras el enemigo no consienta en suscribir la capitulación honrosa que en nombre de la ciencia y de los derechos de la humanidad le presentan.

[...]

¿Cuál es el origen de las facultades del Estado, cuál la definición precisa de éste, cuál el punto en que su acción no puede ejercerse sino en menoscabo de los derechos individuales, cuál la regla que ha de servirnos para fallar con acierto todos los litigios de competencia que ocurran entre el Estado de una parte y los municipios o individuos de otra?

Este problema es el gran problema político de la edad presente; porque si bien se miran todas las más arduas cuestiones que se tratan en la prensa, y en los parlamentos, se reducen a cuestiones de competencia entre el Estado y los particulares, a cuestiones de límites entre la autoridad que pretende ensanchar siempre los dominios de sus facultades y el individuo que reivindica la plenitud de su soberanía en la esfera de lo que individualmente le atañe.

Cuestión de límites es la promovida por los que reclaman la libertad completa de enseñanza, cuestión de límites la de la libertad de profesiones, cuestión de límites la de la libertad comercial, la de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la de la autonomía municipal, la de la inmigración por cuenta del Estado, la de la protección a ciertas industrias, la de las manos muertas, la de los votos monásticos, la del patronato, la de los recursos de fuerza, etc., etc., etc.

[...]

Esto fue lo que hizo Bastiat, cuando a la luz de su genio buscó el origen de las facultades del Estado para medir su alcance, y cuando, con el auxilio de su encantador estilo demostró que el poder social no era en buenos términos otra cosa que la organización común del derecho individual de la propia defensa. Él, haciendo abstracciones y metáforas a un lado, vio que los funcionarios públicos no tienen otro título que los autoriza a obrar (por la fuerza como ellos obran siempre) que la delegación que los ciudadanos les hacen de sus facultades naturales. Ahora bien, como es evidente que nadie puede dar lo que no tiene y como sólo en el caso de propia defensa un hombre tiene derecho para usar de la fuerza contra otro, se sigue que los únicos servicios que pueden ser legítimamente hechos por vía de autoridad son “aquellos que tienen por objeto mantener la libertad, la

propiedad y todos los derechos individuales; en una palabra, cuantos conciernen a la pública seguridad”. En otros términos, el Estado “no es más que la fuerza común sustituida, no para ser entre los ciudadanos un instrumento de opresión y de expoliación recíproca, sino para garantizar a cada cual lo suyo y hacer reinar la justicia y la seguridad”.

[...]

Bástenos apuntar que nuestra doctrina es la misma de Bastiat y que su fórmula nos parece sólidamente deducida de un principio inconcuso, y muy propia para resolver con facilidad y acierto los más graves e importantes problemas que preocupan a los políticos y publicistas.

[...]

Repitámoslo, ya que nunca será repetido lo bastante: donde quiera que no haya una libertad que proteger, un derecho que hacer respetar, un delito que castigar, el Estado no puede intervenir sin perturbar las leyes naturales que gobiernan la vida y determinan el progreso de las sociedades. Por consiguiente, guardemos cada cual nuestras opiniones sobre las órdenes religiosas y sobre las logias masónicas; pero así como nosotros condenando éstas, negamos al Estado la facultad de hostilizarlas mientras no atenten contra el derecho ajeno cometiendo verdaderos delitos, así también y con muchísima mayor razón los que blasonan de liberales y de tolerantes, deberían abstenerse de provocar, de ejecutar y de aplaudir las injusticias y atentados que en nombre de la libertad cometen los Gobiernos contra hombres y aun contra mujeres a quienes no es dable imputar otro delito que el de las creencias que profesan, del nombre que llevan y del traje que visten. (“Política positiva y política racional”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 40-43, 48-49, 52-53, 81.)

[...] En cuanto a nosotros, los que negamos al Estado la competencia para difundir ideas, poner trabas a la enseñanza, monopolizar ciertas profesiones, limitar la libertad de los contratos, estamos en la verdad; y si el porvenir nos pertenece, como se reconoce con laudable franqueza, fuerza será reconocer también que sólo en virtud de una injusticia se nos niega el presente. Lo que es verdadero no puede ser perjudicial ni en el presente ni en lo porvenir. El error no ha sido nunca ni será jamás un elemento de progreso. (*El Independiente*, enero 16 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, p. 131.)

Si se demuestra teóricamente que el Estado no tiene por misión hacerlo todo y que cada vez que se entromete en lo que no le corresponde, lastima la libertad y los intereses de los particulares, ¿podrá ser que su

injerencia indebida sea, sin embargo, lícita y provechosa en ciertos casos y en determinados países?

Desafiamos a los señores, que dándose humos de hombres prácticos, muestran un tan soberbio desdén por la teoría, a que nos citen un caso en que la práctica real se encuentre en oposición con la teoría verdadera, uno sólo y nos daremos por vencidos. (*El Independiente*, enero 20 de 1875, reproducido en “Nuestro sistema social”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., p. 142.)

## **7. Aplicaciones de la ciencia económica: Iglesia y Estado**

[D]os cosas nos parecen indudables. La primera es que la unión, la buena armonía y la independencia recíprocas de la sociedad religiosa y política, es en tesis general lo más justo y lo más verdadero y conveniente. Y es la segunda, que vale mucho más la separación y el desconocimiento de la Iglesia por el Estado que la persecución y la esclavitud de aquélla, disfrazada de protección.

Todo quedaría por lo tanto reducido a saber si en Chile las ventajas que la Iglesia saca de la pretendida protección del Estado compensan los inconvenientes que de ella se origina, o no. Cuestión, que como se ve, no es de doctrina sino de aplicación, y que cada cual puede resolver según sus propias luces sin exponerse a incurrir en los anatemas que *La República* desea para nuestra cabeza.

Sobre esta cuestión de apreciación, nosotros tenemos formado nuestro juicio. Creemos que el sistema de unión entre el Estado y la Iglesia, tal cual se practica y entiende en Chile, y tal cual se practicará y se entenderá en adelante, da a ésta por toda protección una sombra, mientras que le quita el elemento más indispensable de su propaganda, el más precioso de sus tesoros: la independencia de su gobierno, la libertad de sus actos y sus palabras.

Por eso [...] vería sin disgusto ni espanto venir la separación con tal que ella no se verificase como en México, sino llevándose cada uno de los asociados lo que en justicia le correspondiese. (*El Independiente*, 23 de noviembre de 1873.)

[E]l Ministerio que ha negado al país las libertades políticas, no ha querido o no ha sabido darle tampoco las libertades teológicas. Ha sido

espléndido en promesas y cortísimo en actos; y cuando un día, cansados, hostigados por las amenazas teatrales que se nos dirigían nos alzamos, el Honorable señor Irarrázabal en el Senado, y el que habla en esta Cámara, para provocar al Ministerio a fin de que de una vez para siempre se atreviese a abordar de lleno la dificultad proponiendo la separación de la *Iglesia* y el Estado, el señor Ministro retiró sus cartas. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión N° 3 extraordinaria, 7 de septiembre de 1875.)

[L]o que el *Syllabus* reprueba como pernicioso y erróneo es la tesis general de que *el régimen de la separación* sea más conveniente a la sociedad y a la Iglesia que *el régimen de la unión*, mientras que lo que en Chile se impone a nuestro estudio es *un caso concreto [...] es la forzosa elección entre el régimen de la separación y otro que está muy distante de poderse llamar con verdad RÉGIMEN DE LA UNIÓN*. Más claro: mientras que lo que el *Syllabus* condena es sostener como doctrina, como ideal, como tesis, que el régimen de la separación es más conveniente que el de la unión, lo que aquí nos toca resolver es si, dadas las circunstancias en que los enemigos de la Iglesia han puesto las cosas, aquí en Chile, hoy día, conviene más a la Iglesia *la separación, que la opresión sistemática, que el tutelaje* de sus embozados enemigos.

[N]o estando, como no está, en manos de los católicos restablecer el régimen de la unión en la recíproca independencia y benevolencia, y puestos en el caso de elegir entre una Iglesia perseguida, acechada, acosada, injuriada y atropellada por los que, siendo sus enemigos, pretenden regirla indirectamente, designando los pastores que han de gobernar, y una Iglesia separada del Estado, extraña a él y, si se quiere, expoliada y perseguida, todos los que vemos y oímos nos indican que optan por lo segundo.

[...]

No queremos que a la facultad que, si no legalmente, de hecho tienen los presidentes de Chile de nombrar senadores y diputados, intendentes, gobernadores y municipales, ministros del despacho y enviados diplomáticos y, en una palabra, todos los empleados militares y civiles, entre los cuales se reparten los millones del presupuesto, venga la de añadirse la de nombrar arzobispo y obispo y, por medio de ellos, canónigos para las catedrales, curas para las parroquias y directores para las conciencias de los chilenos. (*El Independiente*, 30 de enero de 1883, citado por Sofía Correa S., “El Partido Conservador ante las leyes laicas”, en Ricardo Krebs *et al.*, *Catolicismo y laicismo*, *op. cit.*, p. 91.)

## 8. Aplicaciones de la ciencia económica: Libertad de enseñanza

Ocioso parece, advirtamos, que a la luz de la regla formulada por Bastiat y la mayor parte de los economistas modernos, la solución se presenta de suyo resplandeciente con los resplandores de la evidencia. El Estado no puede imponer una enseñanza, porque su primer deber es respetar la libertad de los individuos, e imponiendo una cualquiera la violaría; ni puede tampoco fomentar ninguna, porque su misión no consiste en hacer el progreso sino en dejar que los individuos lo hagan, despejando al efecto el camino de las violencias e injusticias que son los únicos estorbos que podrían detenerlo. El derecho de cada hombre, ante el poder civil, para enseñar y para aprender, para ofrecer y aceptar los servicios profesionales, es idéntico al que todo hombre tiene para escribir y publicar lo que piensa, para moverse, vestirse, contratar, trabajar, divertirse, etc., mientras no atente contra la libertad ajena. De donde se sigue que la libertad de enseñanza es tan respetable como la libertad de pensar de donde se deriva, y que la de profesiones no puede negarse sin negar al mismo tiempo la de contratar y trabajar, de las cuales no es más que un caso determinado.

[...]

Mal que pese a los que quisieran acomodar la lógica a las exigencias de sus preocupaciones e intereses, la libertad de la enseñanza y de profesiones tiene que seguir la misma suerte de las demás libertades que el liberalismo predica y exige. Vienen de la misma fuente y van a su fin por el mismo lecho; y no hay coladera capaz de separarlas para dejar a éstas libre paso y hacer retrogradar aquélla hasta su origen. O proclamamos el panteísmo político aceptando al Estado ilimitado, onnipotente y absoluto, o ponemos lindes racionales a sus dominios. En el primer caso cantemos el *requiescat* a todas las libertades; en el segundo, nos agrade o disguste, nos convenga o perjudique, tenemos que resolvernos a dejar fuera del alcance de la autoridad la enseñanza. (“Política positiva y política racional”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 62-63, 69.)

La Cámara sabe que hay en materia de enseñanza tres sistemas posibles. El del monopolio, en que el Estado se atribuye exclusivamente la facultad de examinar, de conferir grados y de dar permiso para el ejercicio de las profesiones liberales. El mixto, que consiste en permitir que al lado de los colegios, profesores y títulos del Estado coexistan en igualdad perfecta de derechos y prerrogativas, los colegios, los profesores y los títulos de los particulares. Por último, el sistema científico y verdaderamente liberal

que niega al Estado el derecho de dirigir la enseñanza y que sostiene que ésta debe ser dada y costeada por la iniciativa individual. De estos tres sistemas, el primero, el del monopolio, fue el sustentado por los señores liberales del Gabinete; el segundo fue el patrocinado en nombre del Partido Conservador por el Honorable señor Cifuentes; y el tercero, el que siempre en esta Cámara y en la prensa ha sostenido solo o acompañado, pero en nombre de profundas convicciones personales, el Diputado por Chillán [Zorobabel Rodríguez]. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión N° 3 extraordinaria, 7 de septiembre de 1875.)

No creo que entre las atribuciones del Estado esté la de dar la instrucción segunda y superior. A mi juicio, hay en este gasto que estamos discutiendo una mala inversión de los caudales públicos, un ataque a la libertad individual y un perjuicio para el país; por consiguiente, creo que lejos de producir un bien, causará males inmensos, siendo por lo tanto más conveniente votar a la calle lo que se invierte en el Instituto Nacional y liceos provinciales.

Estas ideas que sostengo no son bebidas en la teología sino tomadas de los más hábiles economistas, como lo he manifestado latamente en otra ocasión. Entre los sostenedores de estas ideas figuran hombres tan notables como Adam Smith, Bastiat, Courcelle Seneuil. Todos ellos dejan la enseñanza a los particulares. Yo entiendo así la libertad de enseñanza, creo estar en el buen camino.

A pesar de que he procurado prestar la mayor atención, no he podido comprender qué es lo que algunos señores Diputados entienden por libertad de enseñanza, la que para mí consiste en dejar que cada cual enseñe lo que quiera y como quiera, sin el visto bueno ni patente de nadie.

Comprendo perfectamente la teoría, que no acepto, del Honorable señor Cobo. Su Señoría acepta en materia de enseñanza la intervención del Estado, no como monopolizador sino como cooperador.

Pero fijándonos bien, llegaremos a demostrar hasta la evidencia que el Estado no puede proteger una instrucción dada sin inferir perjuicios a otra instrucción, no puede fomentar un colegio sin dejar de peor condición a los demás colegios: la libertad es incompatible con el privilegio.

[...]

Por lo demás yo reconozco con toda lealtad y sinceridad que esta campaña por la libertad de enseñanza que yo he tenido el honor de iniciar y en la cual fundo mi verdadera gloria, ha dado ya, a pesar de las derrotas sufridas, resultados que no pueden menos de ser satisfactorios, porque comparando la situación de los colegios particulares hoy día con la que

tenían ahora cinco años, no puede menos de reconocerse que algo se ha conseguido.

[...]

En la vida de la concurrencia mercantil a cuyas leyes no escapan los colegios, sucede lo que en el mundo físico, animal y vegetal, en que perecen los individuos más débiles y de mala organización para ser reemplazados por los más robustos y bien organizados. Lo mismo sucede en el campo de la libertad a los establecimientos de educación que tienen mucho de mercantiles por más que se diga que este carácter o este fin sea desdoroso para los colegios, cosa que yo no acepto, porque no es desdoroso sino honroso todo medio honrado de ganar la vida, y el enseñar es uno de los medios más decorosos y dignos. Los colegios que sucumben son precisamente los que hacen menos falta y sucumben únicamente porque no son bien regidos y pierden la confianza del público. Los que más prosperan, aquellos que reciben más protección del público, son siempre los más dignos de ser protegidos, son siempre los mejores. Pero estos últimos tienen de sobra con la protección del público y no necesitan la particular de nadie, mucho menos a costa de su independencia.

Ahora bien, ¿qué va a resultar? Que solicitarán el auxilio del Gobierno y se someterán a su tutela aquellos colegios mal arreglados, que no tienen alumnos, porque no han merecido la confianza de los padres de familia y que para poder prolongar su vida artificial acudirían al Gobierno a pedirle sus escudos. De manera que vamos a estimular, a dar un premio a establecimientos que debiéramos más bien desear que sucumbieran.

Yo, por estas razones, me hago un deber de negar mi voto a la partida y de pedir a la Cámara la rechace. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión N° 32 extraordinaria, 5 de diciembre de 1875.)

## **9. Aplicaciones de la ciencia económica: Inmigración y emigración**

### **a) Inmigración**

[N]uestro país todavía no tiene necesidad de la inmigración que con tanto empeño se busca.

Yo creo que el número de habitantes del país debe guardar relación con su riqueza; por lo tanto me parece que es inútil empresa aquella de pretender aumentar artificialmente la población, porque sería lo mismo que

querer introducir cierta cantidad de líquido en un vaso que esté completamente lleno.

Es notorio que nuestros conciudadanos emigran al extranjero espontáneamente, llevados naturalmente del deseo de mejorar de condición; luego, hay un exceso de población con relación al estado de riqueza del país.

Por otra parte, digo yo, ¿tenemos terrenos que entregar a la colonización? No. Por lo que hace a la frontera norte de la Araucanía, creo que no hay una sola hectárea que colonizar, porque esos terrenos no tienen agua y son sumamente pobres, más pobres aún que los situados al norte de la República.

Estos terrenos no se prestan sino para el cultivo del trigo, de la cebada y de la arveja; y siendo como son de secano, el cultivo no puede hacerse por más de dos o tres años.

Los colonos que vayan a cultivar estos terrenos no hallarán con qué mantenerse durante el tiempo en que se hacen las siembras y la cosecha. Ésta es la razón por qué han fracasado y tendrán que fracasar todas las colonias que se establezcan al norte del río Malleco.

Con estos antecedentes, yo soy de opinión de que la colonización no debe figurar en nuestro país entre los ramos de gastos sino en los de entradas. De manera que en vez de estar presupuestando anualmente 50.000 pesos para gastos de colonización, deberíamos tener 50.000 ó más pesos por entradas de colonización.

[...]

[E]l Gobierno debería apresurarse a tomar este camino, poniendo en venta estos terrenos de colonización, entregándoselos al que dé más por ellos en remate público; sin preocuparse de que sean nacionales los que los tomen, porque es un error creer que las nociones de agronomía que puedan traer los extranjeros sean un elemento que pueda impulsar el progreso y desarrollo de estos terrenos, puesto que no son susceptibles de otro cultivo que el que se les da por nuestros compatriotas en la actualidad. (*Sesiones de la Cámara de Diputados*. Sesión N° 29 extraordinaria, 25 de noviembre de 1875.)

En varias ocasiones hemos tenido oportunidad de manifestar nuestras ideas respecto de la importante cuestión de inmigración. Siempre hemos sostenido que lo que Chile necesita son colonos católicos; siempre sostendremos que la uniformidad de creencias entre los chilenos y los que vienen a buscar en Chile una nueva patria, es exigida por consideraciones de un interés superior.

[...]



Antes de pensar en traer colonos, decíamos hace algún tiempo, pensemos en arrebatar a la muerte el inmenso número de párvulos que diariamente desaparece. Esos párvulos serán un día hombres que reemplazarán con ventaja a los colonos extranjeros.

Antes que pensar en traer colonos, decíamos más tarde, pensemos en repatriar a aquellos de nuestros compatriotas que yacen en el extranjero sumidos en una espantosa miseria. Cien chilenos repatriados pueden reemplazar con ventaja a cien colonos extranjeros.

Antes que pensar en traer colonos, trabajemos porque los especuladores extranjeros no arrebaten a la industria nacional los pocos brazos de que dispone. Demos a nuestros compatriotas ocupación en nuestro suelo para no obligarles a ir a buscar el pan en tierra extraña; y si conseguimos, por medio de esfuerzos constantes, detener la emigración chilena, habremos hecho más que si hubiéramos facilitado una numerosa inmigración extranjera.

[...]

Si necesitamos inmigrantes, que vengan en buena hora, pero que sean católicos. Con ellos se podrá colonizar y se conservarán al mismo tiempo los bienes inestimables a que antes hemos hecho referencia: la tranquilidad de las familias y la paz de la nación.

De esta manera encontraremos reunidos en un consorcio feliz los intereses morales y los intereses materiales. Protegeremos los últimos sin detrimento de los primeros que, para nosotros, sea dicho de paso, son los más altos y sagrados. (“La inmigración y el matrimonio civil”, *El Independiente*, mayo 27 de 1868, reproducido en “La colonización y las creencias religiosas” en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 168-171.)

## b) Emigración

Es cierto también que la emigración de peones al Perú, más que una emigración es una verdadera exportación, que no se van sino que se les arrea, que no se les persuade sino que se les engaña, y que siguiendo esta exportación humana su marcha progresiva, Chile podría en pocos años más llegar al grado de poder, de riqueza y de población que tenía cien años después de aquel en que fue descubierto y conquistado por don Pedro de Valdivia [...]. (“La libertad de locomoción”, *El Independiente*, agosto 1 de 1871, reproducido en “Emigración chilena”, *Miscelánea, política y religiosa, op. cit.*, p. 212.)

Para no caer en esta contradicción monstruosa es preciso tomar su partido. O se afirma que la emigración de peones chilenos es efecto de las leyes económicas y como tal un bien para todos, o se afirma que la emigración es resultado del engaño, de la ignorancia y de la avidez de especuladores sin conciencia; y en tal caso no hay para qué devanarse los sesos buscando las causas científicas y naturales de un fenómeno que no tiene que ver nada con las ciencias ni con las leyes de la naturaleza. (“La emigración y el sistema de inquilinaje”, *El Independiente*, agosto 2 de 1871, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, *op. cit.*, p. 220.)

Fundándose el fenómeno social de que tratamos, antes que todo, en la crasa ignorancia de los gañanes que no les permite descubrir todo lo que hay de aparente y de péfido en las promesas de los enganchadores, es evidente que el medio más lógico de evitar el mal sería instruir al pueblo a fin de que éste fuese capaz de usar de su libertad en su propio provecho. Pero si este medio es el más lógico, dista mucho de ser el más eficaz o siquiera el más practicable. [...]

Pero ya que no es posible emprender la educación de los que están listos para engancharse, ¿no se podría al menos ilustrarlos, descubrirles las perfidias de los contratantes y hacerles comprender todo lo que hay de ilusorio en las ventajas que se les brindan? No falta quien lo diga. Lo que es nosotros, estamos convencidos de que este medio, aun cuando no debe excusarse, daría muy mezquinos resultados. En efecto, los hombres que emigran, por su ignorancia, por sus hábitos y por su manera de ser, están fuera del alcance de la prensa y hasta de las amonestaciones de los párrocos, no son capaces de leer ni de reflexionar, son por lo común gente sin hogar, sin afecciones de familia, capaces de vender su alma a Satanás, si Satanás se presentase a comprárselas despues de haber tenido la precaución de haberles dado algunos vasos de aguardiente, haciendo sonar a sus oídos algunas tentadoras promesas y haciendo brillar ante sus ojos unas cuantas monedas de oro. Enviar por la prensa consejos a hombres que se hallan en tal estado y que llevan semejante género de vida, es lo mismo que enviarlos a los habitantes de la luna. Consejos que todos han de oír menos los interesados, son consejos perdidos.

Sí, pues, la emigración de nuestros peones es un mal gravísimo para el país y para ellos mismos, y si fuera de las restricciones que la ley puede imponer ningún otro remedio se divisa ni se propone, es preciso aceptar el recurso legal o sostener que para no violar la Constitución Chile está condenado a morir de hambre y de inanición. (“Las teorías y los hechos”, *El*

*Independiente*, agosto 3 de 1871, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 225-227.)

Desde luego, nosotros negamos que la emigración sea una calamidad para Chile; porque el efecto natural e inmediato de ella es el aumento de los salarios, o lo que es lo mismo, una mejora en la condición material y moral de todos los trabajadores. Es cierto que este aumento importa algún sacrificio de parte de los propietarios y capitalistas; pero no lo es menos que sin ese sacrificio, todo aumento de salarios es quimérico. [...]

[...]

Reclamar la intervención del Gobierno para impedir que los que van a buscar fortuna en los ferrocarriles del Perú encuentren allá las enfermedades y la muerte, es como pedir que el Gobierno intervenga en la salida de todo hombre que deje el país para ir a buscar fortuna en los minerales de Caracoles o en los viajes de mar, porque algunos mineros han enfermado y muerto, o porque muchos navegantes han naufragado.

Dejémonos de lamentos que no tienen razón de ser, y de devanarnos los sesos buscando cataplasmas para salvar la vida a quien goza de perfecta salud. Los hombres circulan buscando su bienestar como las aguas se agitan buscando su nivel, como circulan el aire, los capitales y las ideas. En vez de esforzarnos por detener artificialmente esa circulación, esforzémonos por dejarla completamente libre, haciendo desaparecer todos los obstáculos creados por la ignorancia y perpetuados por la rutina. Acostumbrémonos a respetar las leyes del mundo económico, a estudiarlas atentamente, no para pretender modificarlas, sino para descubrir la admirable sabiduría de su autor, y confesemos una vez por todas que las soluciones de esas leyes, no sólo son necesarias e ineludibles sino que son también las más ventajosas. (“Siempre las cataplasmas”, *El Independiente*, abril 14 de 1872, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 249-251.)

## **10. Aplicaciones de la ciencia económica: Colonización de la Araucanía**

El que habla, señor, tiene la íntima convicción de que mientras no se entreguen a la industria, al cultivo y a la actividad de los particulares los terrenos que vayan quedando a la espalda de nuestro ejército, todos los sacrificios de éste serán estériles: la línea de frontera avanzará tal vez

algunas leguas; pero no podrá decirse que hemos dado un solo paso hacia la solución definitiva del problema.

No pierda de vista la Cámara que nada hay tan favorable a la barbarie como el desierto y note después que no es otra cosa que el desierto lo que con el sistema actualmente seguido estamos haciendo en torno de las tribus rebeldes. ¿Cómo se quiere entonces que éstas adquieran los hábitos de la civilización y que comprendan sus ventajas? ¡Imposible!

[...]

El Honorable Diputado por Freirina [Ramón Francisco Ovalle] decía: ¿Con qué derecho vamos a meter la mano en la propiedad de los indígenas? ¿Con qué derecho podría exigírseme el título que me acredita dueño de la casa en que vivo? Le preguntaría a mi vez a Su Señoría: ¿qué sería de su título y de su casa si una ley declarase ésta de utilidad pública para abrir una calle, por ejemplo? Por cierto que no correría mejor suerte que la que, si se aprueba el proyecto, correrá la choza del último de los araucanos.

Ahora bien, ¿cómo calificar de inicua y de atentatoria contra los derechos de los indígenas una ley que va en sus escrúpulos hasta equiparar la morada de un representante del pueblo con el albergue de un pobre salvaje?

La verdad, señor, es que este proyecto de ley no se diferencia de los que con frecuencia se presentan para expropiar a los particulares, sino en la extensión del territorio que va a expropiarse y en las razones de justicia y de conveniencia pública que aconsejan su aprobación. Se procede con los araucanos, no según el Código Civil, porque en tal caso no habría necesidad de dictar una ley; pero sí con arreglo a la Constitución. Lo que se quiere es hacer expedita la venta de los terrenos baldíos, impedir los fraudes que se cometen con los indios y que nunca pueda privarse a éstos de su propiedad, sino mediante una indemnización previa y por razones de conveniencia pública.

El Honorable Diputado por Caldera [Ramón Barros Luco] que se opone tan decididamente a que se dicten leyes especiales para los indígenas, comprende muy mal la igualdad, si se imagina que ésta consiste en aplicar una regla general y absoluta a personas y cosas que se encuentren en diversa situación. Así no se llega a la igualdad, sino a la más monstruosa desigualdad; y según esa moción de Su Señoría, el Código Civil, prescribiendo reglas especiales para la enajenación de las propiedades de los menores o de la mujer casada, habría cometido una verdadera iniquidad. Por fortuna, el autor del Código Civil no tenía, según parece, las mismas ideas sobre la igualdad que el Honorable Diputado por Caldera.

[...]

Recuérdese que se trata de propiedades que no son tales ni según el derecho natural, ni según el derecho civil; recuérdese que esos supuestos propietarios son en su mayor parte enemigos actuales y tradicionales de la República; téngase presente que en rigor el indio no es, según el derecho natural, dueño sino del terreno que haya hecho suyo por el cultivo, y dígase después ¿qué tiene de absurdo, de inicuo y de inhumano una ley que da a esos propietarios y propiedades garantías idénticas a las que tiene cualquier propietario de Santiago o de Valparaíso? ¿Dónde está el país que haya ido hasta estos extremos por el camino de la generosidad? Yo no lo conozco. Sé como se trata en la gran República del norte a sus pieles rojas, sé demasiado como tratan los ingleses a los indígenas del Indostán y de la Nueva Zelanda y podría tal vez revelar a la Cámara la condición en que viven los indios más pacíficos, más dulces, más inofensivos de la América, en el Perú; pero creo excusado hacerlo.

Y cuando esto sucede en los países más adelantados, ¿cómo no he de tener razón para decir que el proyecto que discutimos, en que se considera al indio como al ciudadano, en que no se le quita un palmo de tierra sino por motivos de utilidad pública y con una indemnización previa, es un espléndido testimonio de nuestra cultura y de la generosidad de nuestra política?

[...]

Tenga presente la Cámara cuál es la situación en que se hallan, más o menos, todos los terrenos que por unos y otros motivos han sido abandonados por los indios. Esta situación puede caracterizarse diciendo que se hallan al mismo tiempo abandonados y con multitud de dueños. Consecuencia que hace de todo punto imposible que se pueblen y civilicen. Mientras todos se pretenden dueños, nadie se considera lo bastante para invertir sus capitales en cultivarlos y cerrarlos.

El medio de poblar y de civilizar el territorio indígena es entregarlo a la actividad de los particulares, y para que esto último suceda es indispensable que ese territorio sea declarado de utilidad pública, a fin de que, dividido en hijuelas, pueda ser puesto en subasta pública y adquirido por los interesados.

[...]

Yo apoyo el proyecto, obedeciendo al ardiente deseo que abrigo de que desaparezca cuanto antes de nuestro mapa esa fea mancha que le imprime la barbarie, y de nuestro territorio ese Mar Muerto a cuya orilla nos vemos obligados a hacer una eterna guardia y en cuyo fondo arrojamamos todos los años centenares de miles que pudieran invertirse en bien del pueblo que los paga y que los gana con su trabajo.

Yo acepto el proyecto, porque no puedo aceptar, porque no estaré dispuesto a inclinarme jamás ante esas dos fatalidades de nuestra existencia social —una frontera en medio de nuestro territorio y la barbarie en el centro de nuestra civilización. (*Sesiones de la Cámara de Diputados. Sesión N° 35 ordinaria, 25 de agosto de 1870.*)

### 11. Aplicaciones de la ciencia económica: Salarios

[...] Para éstos, reconociendo como causa única de la emigración la escasez de nuestros salarios y la miseria en que viven nuestros campesinos, el remedio expedito y único también sería el aumento de los salarios, realizado por la voluntad de los capitalistas. ¡Buenas gentes, que a pesar de sus pretensiones científicas, están creyendo todavía que la tasa de los salarios depende de la cicatería o desprendimiento de los capitalistas! ¡Como si hubiera algún poder bastante fuerte para modificar, ya sea en el sentido del aumento o de la disminución, la tasa de esos salarios! No, no podría un hacendado, ni una reunión de hacendados, ni una liga de todos ellos, alterar ni en cinco centavos el jornal que ganan nuestros peones. Más aún, si alguna tentativa estrafalaria se hiciese en el sentido de aumentar los salarios, esa tentativa traería por consecuencia precisa el hacerlos descender del nivel en que actualmente están. Los que atribuyen la baja tasa de nuestros salarios a la cicatería de nuestros capitalistas y los que se proponen seriamente que éstos se reúnan para recompensar mejor a los trabajadores, no comprenden que el nivel cuya modificación se pide es tan independiente de la voluntad del hombre como el nivel del mar. (“La emigración de los peones chilenos”, *El Independiente*, julio 12 de 1871, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa, op. cit.*, pp. 203-204.)

Nosotros afirmamos que en Chile ni la injerencia de unos cuantos particulares ni aun la injerencia del Estado podrían modificar la tasa de los salarios. Esa injerencia no produciría otros resultados que perjudicar a los que la tomasen, y lo que es peor, a los mismos trabajadores, haciendo bajar más todavía su jornal después de algunas artificiales y efímeras alteraciones.

Y la cosa es clara. Ni el patrón contrata trabajadores para servirlos, ni éstos se comprometen a trabajar por hacer un beneficio al patrón. Cada cual va a su negocio y persigue su interés. Mientras el propietario encuentre quien le trabaje por treinta, no pagará cuarenta por igual trabajo; como tampoco el agricultor que se viese en la alternativa de perder ciento por falta

de trabajadores o de gastar cincuenta pagando a sus peones diez centavos más que su vecino, necesitaría del consejo ni del mandato de nadie para gastar los cincuenta y sacar los otros cincuenta de provecho.

Y si no, dígasenos ¿en virtud de qué leyes, de qué acuerdos o compromisos han venido subiendo los salarios hasta el estado en que actualmente se hallan? ¿No es cierto que esa alza ha sido del todo independiente de la voluntad de los capitalistas y de los trabajadores? ¿No es verdad que ella se ha impuesto a todos con la misma fuerza con que se impone una ley física o una demostración matemática? ¿No es evidente que no habría en Chile ningún poder, ni público ni privado, capaz de hacer volver los salarios al nivel que tenían cincuenta años ha? Ahora bien, las mismas dificultades que se opondrían a la baja se opondrían a la alza artificial. Tan imposible es que los salarios retrocedan a 1810, como que sean hoy lo que serán en 1900.

El alza que se desea vendrá indudablemente; pero vendrá a su tiempo y por sus cabales: ella vendrá traída por el aumento de los capitales y por el progreso del arte industrial que, exigiendo más trabajo y pudiendo utilizar mayor número de brazos, tenderá a recompensar mejor a los trabajadores; vendrá, si se quiere, determinada en parte por la emigración de los peones, que haciendo escasear los brazos, disminuye la oferta de trabajo y produce un aumento en los salarios.

[...]

[S]i queremos producir en Chile un alza seria y benéfica para todos en el jornal que ganan nuestros peones, no hay más remedio que esforzarnos por perfeccionar los cultivos, las industrias y las artes, por abrir nuevos horizontes a la actividad de las clases trabajadoras, para ilustrarlas a fin de que su trabajo sea más productivo. Ya que no sería ni patriótico ni prudente buscar el alza en el fomento de la emigración, busquémosla en la mayor demanda de trabajo. Todo lo demás es salir del terreno de los hechos para vagar por el mundo de las ilusiones.

Si la marcha natural del tiempo y de las estaciones nos parece lenta, si queremos apresurar la llegada del día en que nuestras clases pobres puedan recoger abundantes y sazonados frutos de su trabajo, no pretendamos apresurar el tiempo violentando la naturaleza, produciendo una madurez raquítica, artificial y de embeleco; trabajemos la tierra, reguemos, cultivemos con inteligencia y perseverancia, que eso es lo que la razón aconseja, lo que la experiencia enseña y lo que la misma naturaleza indica. (“Los salarios”, *El Independiente*, febrero 20 de 1872, reproducido en “Emigración chilena”, en *Miscelánea literaria, política y religiosa*, op. cit., pp. 229-234.)

## **12. Aplicaciones de la ciencia económica: Conservación de la naturaleza**

Los Estados, si no son eternos, son de duración indefinida y mucho más larga que la de los individuos. De ahí la necesidad de que el poder público provea a la conservación de aquellos bienes que, aun siendo apropiables, no pueden ser destruidos sin que su destrucción ocasione perjuicios graves y difíciles o imposibles de reparar a la sociedad toda; como, por ejemplo, los peces, las aves y los animales silvestres, los bosques que purifican el aire, defienden de los vientos, conservan las humedades en el suelo, protegen los manantiales y prestan otros servicios importantísimos a las poblaciones, las ruinas venerables y los monumentos; la protección por medio de diques u otras obras de las tierras bajas litorales contra las inundaciones del mar, etc.

Así, es de lamentar que en Chile, para proteger la caza y la pesca, los bosques y los manantiales, apenas se hayan dictado unas pocas disposiciones que no se observan, y que serían ineficaces aunque se observaran. Las aves mayores de caza se van poco a poco extinguiendo —y no hablamos de los animales de caza porque pueden considerarse virtualmente extinguidos—; apenas si se encuentran camarones, pejerreyes y truchas en ríos que los llevaban antes exquisitos y en grande abundancia; ya no hay en las provincias del Norte y del Centro bosques que basten a suministrar la leña necesaria para el uso de las poblaciones, y hasta en las australes los cerros y faldas de las cordilleras van quedando yermas, y haciéndose más escasas y difíciles de extraer maderas o productos forestales, como el alerce, el ciprés, el raulí, el lingue, el maqui, la cáscara de quillay y otros que son de grande utilidad para las construcciones, la industria y la ebanistería. (*Tratado de economía política, op. cit.*, pp. 416-417.) □